



Artículo: En la selva de Chiapas con los lacandones [reimpresos]

Autor(es): Soustelle, Jacques

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 83

Año: 2008

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Soustelle, Jacques. "En la selva de Chiapas con los lacandones [reimpresos]" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 83 (2008): p. 14-19. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3569>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

En la selva de Chiapas con los lacandones*

Jacques Soustelle

Pocas veces tiene el etnólogo tanta suerte como la que tuve al estudiar los indios lacandones del estado de Chiapas. Por interesantes que sean en general los indios de México, sabido es que la conquista española y el periodo colonial han borrado muchos rasgos de su cultura original, cuando no la han destruido por completo. Especialmente en lo que toca a las religiones indígenas, la evangelización ha logrado arruinarlas a tal grado que de las majestuosas construcciones rituales y teológicas sólo han subsistido supersticiones aisladas despojadas de su significado más hondo. Por eso el etnólogo que trabaja en la Mesa Central (como lo hicimos entre los otomíes de México e Hidalgo) no puede sino soñar en lo maravillosa que resultaría para sus estudios una tribu indígena sin influencias exteriores, sin interpolación de elementos extraños en su cultura material e intelectual. En una palabra, indios que la conquista no hubiera afectado, presentándose a nuestros ojos como aparecieron los indios del siglo XVI ante los ojos de Cortés o de Bernal Díaz del Castillo. Eso es lo que buscábamos al internarnos en la selva lacandona, en los límites de Chiapas y Guatemala. Y lo encontramos.

Una breve estancia, en 1933, en las orillas del lago Peljá o Pethá, y del río Jetjá, me había permitido adquirir los informes y la experiencia necesarios para la preparación de una expedición más completa. En enero de 1934 fue cuando mi esposa y yo, acompañados durante la primera parte del viaje por el conocido aviador Bieler, y después por mi viejo amigo Von Schmeling, de Ocosingo, Chiapas, entramos a “las montañas”, como dicen los chiapanecos, saliendo de ellas hasta el mes de marzo. Todo ese tiempo lo pasamos entre los lacandones. Tiempo feliz, en realidad, pues se realizaba entonces el sueño de todo mexicanista: viajar a través de los siglos, volver al pasado prehistórico, vivir entre los indios verdaderos de antaño, compartiendo su labor, sus diversiones, sus ritos.

No debe ser nada complicado el equipaje del viajero en aquellas regiones. Huelga decir que los problemas de etiqueta no cuentan entre los que preocupan al etnólogo en la selva chiapaneca. Buenos zapatos, polainas, vestidos capaces de resistir la humedad y las caídas, sombreros texanos: eso es todo. Más importante es la cuestión de la comida. En el estado de Chiapas llaman a la selva “los desier-

* Publicado originalmente en la revista *Todo*, 24 de diciembre de 1935. En ese tiempo el autor era encargado del Departamento de América en el Museo Etnográfico del Trocadero en París.

tos”; y tienen razón, pues esos tupidísimos bosques están mucho menos poblados por animales o plantas útiles de lo que se imaginan los lectores de novelas exóticas. Ni los mismos lacandones viven del producto de la cacería, y menos nosotros. Además, a pesar de ser tan numerosas, tan diversas las especies vegetales allí representadas, muy escasas son las que proporcionan algo comestible. Tan es así que ni las mulas pueden subsistir en la selva si el viajero no tiene la precaución de llevar maíz para darles de comer; por más hojas de varias clases que las bestias tengan ante sí en el monte, casi no comen ninguna. Todo eso explica por qué nuestra carga más importante y valiosa se componía de maíz, arroz, frijol, manteca, café, galletas y algunas latas. A esto hay que añadir los regalos destinados a los lacandones (espejos, aretes, alfileres, manta, navajas y, sobre todo, sal), una cámara fotográfica y algunos accesorios, como brújula, rollos de película, etcétera.

Toda la carga se repartía en varios bultos envueltos en sendos petates, los que en la noche nos servían de “cama”. En algunos tramos de nuestro itinerario nos fue posible usar mulas, pero las más veces tuvimos que ir a pie por lo más tupido del bosque, mientras un indio de raza tzeltal cargaba el equipaje, ayudado por los mismos lacandones. En efecto, no hubiéramos podido realizar ni la décima parte de nuestros proyectos sin la ayuda de los “caribes” (como los llaman equivocadamente en Chiapas), quienes nos guiaron en la selva, por veredas que sólo ellos conocen, hasta lugares que fuimos los primeros europeos en contemplar. Fueron ellos guías amistosos y solícitos a los que seguimos con entera confianza, sin que nos hayan dado ni una ocasión de queja.

La región en que viven los lacandones tiene la forma general de un cuadrilátero, casi rectangular, inclinado de noroeste a sureste. Igual orientación tiene el río Jataté, que limita por el sur dicho territorio, mientras el Lacantún constituye el lado oriental y el Usumacinta el lado septentrional. Es de advertir que los tres ríos no son en realidad más que uno, que empieza a correr hacia el sureste bajo el nombre de Jataté, sigue hacia el norte como Lacantún y hacia el noreste se llama Usumacinta; río caudaloso, de aguas verdes opacas, cortado por rápidos y raudales, y que recibe por tres vertientes todos los demás ríos y arroyos, numerosísimos, que cruzan la selva. Volando en avión con Bieler sobre la región, notamos con asombro la infinidad de lagos y lagunas de todos tamaños que desde el cielo se ven como espejos de jade en medio de los bosques. Todo el territorio lacandón es lodoso, pantanoso, en extremo húmedo; allí llueve continuamente de mayo a enero, y en el llamado “tiempo seco” nos azotaban tremendos temporales y fuertes aguaceros como dos días a la semana. Lodo, humedad, neblina, nubes. El sol no penetra nunca hasta el suelo, pues no puede atravesar la bóveda de ramas y hojas. En la madrugada se oye el gotear del agua mientras la neblina se va esclareciendo. Sólo en los “caribales” o rancherías de lacandones, donde ellos han desmontado el terreno, podíamos secarnos y ver el sol. Caminando en la selva, muy fácilmente se creería uno en un sótano, y a pesar de encontrarnos en la típica “tierra caliente”, más de una vez en la mañana tiritamos de frío bajo los sarapes empapados de humedad.

Pero cuando después de largas jornadas en la semioscuridad del monte, llegábamos a la orilla de una vasta laguna, inundados de luz por el cielo y por el espejo líquido, podíamos contemplar indecibles bellezas. Casi todos los lagos de esa región están encerrados entre altísimos peñascos, de los que se descuelgan bejucos gruesos como un brazo; la selva parece caer desde las cumbres como un alud. En las canoas indígenas pasábamos al pie de las colosales paredes, más pequeños e impotentes que unos insectos frente a esos gigantes de piedra, en medio del pesado silencio. Porque también es ésta una característica de aquellas selvas: el silencio, fúnebre, amenazante, que en ellas impera todo el día, roto únicamente en la madrugada y al anochecer por los gritos de las guacamayas y de los monos.

La vida de los lacandones, por más sencilla que sea, no deja de exigir de ellos muchos y duros esfuerzos. Si existió alguna vez el “buen salvaje” de los filósofos franceses del siglo XVIII, el que no tenía nada más que hacer que extender el brazo para coger las frutas de los árboles, no fue seguramente en la selva de Chiapas. Allí la naturaleza no da nada gratis. Bien lo saben los lacandones, y los trabajos de la agricultura ocupan una buena parte de su tiempo. Utilizan el procedimiento conocido desde tiempo inmemorial en Centroamérica: quemar el monte para sembrar maíz en los terrenos limpiados por el fuego. Claro que si el fuego no prende bien, o si ocurren fuertes lluvias durante la operación, peligran las siembras. Por eso todo lo que se relaciona con esa fase de la agricultura se debe hacer con la mayor solemnidad. El indio, para encender el monte, no puede usar una lumbre cualquiera, sino que emplea dos palitos, haciendo girar velozmente la extremidad de uno de ellos en un agujero del otro, hasta que el polvo de madera muy caliente producido por la operación, prenda fuego a unas fibras secas de algodón. Así se consigue fuego sagrado, como lo conseguían siglos antes los sacerdotes del Mayab y de Tenochtitlán, al usar un aparato semejante en las ceremonias del fuego nuevo. Los lacandones, además, cuidan de aplacar al dios del fuego, K’ak’, con el mismo motivo. A este dios le toca una fiesta especial poco antes del principio de los trabajos agrícolas. Como todas las deidades indígenas, está representado por un incensario de barro, pintado de blanco y rojo, con una cabeza humana igualmente de barro. La cabeza de K’ak’ lleva adornos particulares, semejantes a las crestas de un gallo. En el centro del incensario se quema *pom* (copal), y al idolito se le ofrecen pedazos de tortilla, así como la bebida ritual llamada balché. Así piensan los lacandones asegurar el éxito de sus siembras de maíz. Cultivan además el chile, la yuca, el algodón, el tabaco, la caña, y algunas veces el plátano y el tomate.

Algunas de estas plantas con toda seguridad fueron introducidas allí después de la conquista; por ejemplo, el plátano y la caña; pero no por los españoles, sino probablemente por los indios sometidos, con los que tenían algunos contactos

los lacandones. Hay razones para creer que estos indígenas han adquirido ciertos rasgos culturales de otras tribus más al sur, en Centroamérica. Es curioso el hecho, por ejemplo, de que los lacandones usan un tipo muy primitivo de “trapiche” o molino para extraer el jugo de la caña cuyo origen es posthispánico y sudamericano, habiendo pasado después a varias tribus hasta Honduras, según lo ha comprobado un genial etnólogo, el finado E. Nordenskiöld.

Después de la agricultura, la principal ocupación de los hombres es la cacería, a la que se dedican usando el arco con fenomenal puntería. Las flechas las fabrican con puntas de pedernal, muy semejantes a las que encontramos en los yacimientos prehistóricos de Europa, y es algo extraño ver a hombres de nuestra época labrar la piedra como la labraron nuestros antepasados, millares de años ha. Mientras los varones persiguen a venados, jabalíes, dantas y monos (cuya carne, a nuestro parecer insípida y pálida, es la que más les gusta), las mujeres preparan el plato típico de aquellos indios, el *k'ayem*, o sea maíz molido mezclado con agua fría; limpian el algodón, lo hilan y tejen los vestidos de ambos sexos. El hombre usa una túnica que le baja hasta la rodilla, desnudos las piernas y los pies, y largo el pelo, mientras la mujer usa la falda hasta el tobillo y trenza su pelo, adornándolo con plumas de gavilán, de cojolite, de loro, de guacamaya, etcétera. Nadie se cambia la ropa, ni de noche para tenderse en las hamacas, y por lo general tanto hombres como mujeres están extremadamente sucios, a pesar de tener a su disposición hermosos arroyos y muchísima agua corriente perfectamente limpia.

Se siente netamente, pero es difícil de explicar, lo raro que es vivir en un caríbal. Los lacandones no son nada gritones ni escandalosos, sino, por el contrario, quietos y silenciosos, sumamente discretos y sometidos a un verdadero código del *savoir-vivre*. Cada quien, adultos y niños (estos últimos vestidos de cáscara de árbol o desnudos), está ocupado por un lado u otro del campamento, sin que nadie haga ruido, hable en voz alta o se meta en el quehacer de los demás. Hasta entre hermanos se observa mucha discreción, pues no entra un indio a la choza de su hermano sin que éste se lo haya permitido expresamente, y muchas veces prefieren platicar desde afuera, muy quedamente, sin penetrar uno al jacal del otro.

Uno de los caríbalos donde estuvimos más a gusto fue el del río La Arena, habitado por dos familias del clan Maash, o Mico. Dormíamos en un extremo de la casa del jefe; teníamos nuestra lumbre particular para preparar nuestros alimentos, y el buen hombre, apenas asomaba el sol, mandaba a su hijito a prendernos la lumbre, para evitarnos la molestia de hacerlo. Todo el día observábamos la vida de los indígenas, platicábamos con el jefe, sacábamos fotografías, y sólo cuando, al alzar los ojos, veíamos las cuatro paredes de selva alrededor del caríbal, pensábamos en el mundo lejano, increíblemente lejano, en las ciudades: México, París...

Ya he dicho que aquel grupo pertenecía al clan Maash. Cabe indicar aquí que los lacandones están todavía organizados de acuerdo con el sistema religioso-social primitivo llamado totemismo. Cada grupo cree tener un pariente o antecesor mítico, quien lo protege y le da su nombre; por lo general es un animal. Entre los

lacandones los dos “clanes” más importantes son los Maash (micos) y los *K'ek'en* (jabalíes), pero hay también Faisanes, Guacamayas, Tigres, etcétera... Cada indígena, hombre o mujer, lleva después de su nombre propio el de su pariente animal; sólo el padre transmite el suyo a sus hijos.

Por regla general, no se deben casar dos personas que pertenezcan al mismo grupo en relación con un mismo animal. Los hombres “micos” buscan a mujeres “jabalíes”, y recíprocamente. Dado que los grupos viven muy alejados uno de otro y muchas veces no tienen relaciones muy cordiales, este hecho viene a complicar todavía más el problema más serio de la vida social lacandona: el matrimonio. Es tal la escasez de mujeres, que un muchacho indígena de 18 años frecuentemente tiene que casarse con una mujer de 60 o 70 años de edad, que ya enviudó varias veces; otro tiene que “comprometerse” con una niña de 3 o 4 años, generalmente su prima, la que forzosamente se casará con él cuando llegue a la edad necesaria. Pero, mientras tanto, el muchacho se queda en la casa de su tío y futuro suegro, lo ayuda en todos sus quehaceres, trabaja en su milpa, etcétera. Así, pues, le resulta una verdadera fortuna a un indígena el tener muchas hijas, pues desde temprana edad los atractivos de éstas le consiguen ayudantes benévolo. Los lacandones consideran tales parejas como matrimonios efectivos, y es gracioso ver a una chiquilla seguir a su “marido” paso a paso por todo el caribal. Ambos comen juntos en un rincón del jacal de los padres de la muchacha, y tienen su lumbre propia, lo que es el verdadero símbolo del matrimonio entre esos indios.

A esto hay que añadir que los jefes e individuos principales de cada grupo practican lo más posible la poligamia; generalmente tienen dos mujeres, se ha dado el caso de que el viejo jefe K'ayum haya tenido hasta siete. Ésta es una de las razones que impiden a los jóvenes casarse con muchachas de una edad conveniente, pues los principales poseen un verdadero monopolio. Hondas enemistades y tremendos zafarranchos no tienen otro motivo que la lucha por las mujeres. Casi no hay grupo en el que no se hable de hombres muertos en tales encuentros. Yo he conocido personalmente a un joven indígena cuya madre fue muerta a flechazos en una riña semejante, después de lo cual él se metió al monte hasta que encontró al asesino. En la sombra de la selva se verificó una lucha despiadada, pero al fin el muchacho logró herir de muerte a su enemigo, e inmediatamente lo remató. Este acontecimiento provocó hondos disgustos entre los lacandones, pues entre los más cultos de ellos prevalece la idea de que los dioses no quieren ni combates ni venganzas, por más justificadas que parezcan estas últimas. Cosa muy curiosa: a pesar de las distancias que separan a los grupos indígenas, todas las noticias de esta índole se conocen en toda la selva en muy poco tiempo, y se comentan con mucho interés. Nosotros, viajando de un grupo a otro y siendo neutrales por así decirlo, oímos muchas narraciones, transmitimos muchos recados y recibimos con perfecta discreción muchas confidencias. Este papel de mensajeros fue tal vez lo que más nos permitió acercarnos a la mentalidad indígena.

Una pregunta que más de una vez se me ha presentado es la siguiente: ¿Qué número, más o menos, de lacandones existe todavía? No hemos conocido a todos los lacandones, sino solamente a seis grupos: de estos seis, cinco están situados en la mitad noroeste del territorio indígena (lago Peljá, río Chocoljá, etcétera) y uno más al sureste, distante del Jataté unos 15 kilómetros. Según lo que contaron mis amigos lacandones, en la otra mitad de la región no hay tantos núcleos de población, pero tal vez son más importantes. De todos modos creo que no me he de equivocar gran cosa si considero a los lacandones que he conocido como la mitad del total. Pues bien, esos seis grupos en conjunto suman unos ochenta individuos; así que hay muchas probabilidades de que no lleguen ni a doscientos todos los lacandones que existen en la actualidad, y esos regados por las serranías y la selva, diseminados en grupos de ocho a trece o catorce indios. ¡Qué decadencia, cuando uno lee en la crónica de Villagutierre, escrita a fines del siglo XVII, que los españoles, al intentar en vano someter a esos indígenas, encontraron pueblos que comprendían centenares de casas! Algunas chozas perdidas entre la maleza: eso es cuanto queda de los florecientes pueblos de antaño, mientras los últimos representantes de la raza que en ellos vivió van poco a poco desapareciendo por completo, dejando a la selva que reconquiste lo que fue del hombre. □

